

CUANDO TARIBA SE ADENTRO EN LA HISTORIA LA VIRGEN BENDITA LE DIO SU CONSOLACION*

por: Lucas Guillermo Castillo Lara**

¡Táriba! Cantarina por su tierra y por su nombre. Señora, por la sin par nobleza de su señorío que enaltece el gentilicio tachirenses. Bendita, sobre todo, porque aquí se aposentó en esta tierra santa una Virgen del cielo, que da consolación al clamante corazón de la humanidad dolida.

¡Táriba! Yo te saludo reverente en este día grande, en que se magnifica el corazón del pueblo en acatamiento fervoroso a la Madre de Dios. En este día de luz y de cielo, de fe conmovida y entregada, de gracia recibida y santificada, nos santiguamos en tu nombre Virgencita misericordiosa, que elegiste este pueblo como tu predilecto para derramar tus bendiciones.

Por eso como estamos en la Casa de Nuestra Señora de la Consolación de Táriba, porque toda la gente, todas las casas, todo el pueblo es suyo, mi primer saludo es para ella, y se lo entrego conmovido con fervorosa y filial devoción. Y lo hago como católico y como tachirenses, porque aunque no nací en esta amada tierra, corazones generosos me hicieron hijo adoptivo de La Grita, Michelena, Capacho y San Cristóbal, que también me entregó dadivoso las llaves de la ciudad.

Presento luego mis respetuosos cumplimientos al distinguido señor Alcalde, al Ilustre Concejo del Municipio, a las honorables autoridades eclesiásticas, civiles, militares, sociales, laborales aquí tan dignamente representadas. Finalmente entrego mi calurosa salutación a este noble pueblo taribeño, que encarna la más entrañable fe y tradición.

Congratulaciones muy sinceras al general Pedro Nicolás Valencia Vivas y a Doña Hilda Angulo de Carrillo, dos distinguidas y meritorias personalidades agraciadas en este día con la máxima distinción de Táriba: Hijo ilustre de este pueblo, que es como decir paradigma aleccionador de la juventud taribeña.

Ellos son hijos de esta tierra por la sangre y por el sol que alumbró su cuna. Ahora lo son doblemente, porque sus vidas adquirieron la esclarecida dimensión de su nueva prosapia espiritual. Bien merecido tienen ese lauro, porque con sus vidas meritorias han

*) Discurso de Orden en la Sesión Solemne de la Cámara Municipal del Municipio Cárdenas (Táriba) -, Estado Táchira, el 15 de agosto de 1997, en honor a la Virgen de la Consolación de Táriba.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra "D"

dignificado con creces el gentilicio de Táriba, que se enorgullece de hijos tan preclaros y ejemplares.

A más del día de la Madrecita del cielo y del consuelo, del refugio y del lenitivo, celebramos también un día innominado de cuatrocientos cincuenta años atrás, en que tuvo lugar la primera aproximación descubridora a esta tierra tachirense y taribeña, con signo venezolano, premonitorio de su destino definitivo. Fue el encuentro de una nueva cultura con la indígena, asentada en el poblado que aquí existía con el nombre de Táriba. En ese día las primeras miradas españolas se pasearon admirativas sobre las líneas fundamentales de valle, montaña y río, que mezclaban sus azules, verdes y blancos en una sinfonía jubilosa. Y se aposentaron posesivas sobre el airoso poblado de los indios táribas, que se asentaban en las faldas de la Mantellina y del Toico.

Ese día alborotaron el silencio madrugador los gritos enronquecidos de asombro y rabia de los indígenas, que veían invadidos sus dominios. Táriba! Táriba! Voceaban las gargantas enloquecidas de estupor y susto, llamando a defender la tierra. Una gente extraña llenaba de rumores inéditos y de voces nuevas la tranquilidad del valle. Los pasos castellanos removieron el silencio de la niebla mañanera, hendieron la vegetación del valle, atravesaron el espumante río y repecharon la suave ladera.

Los caballos, aquellos extraños seres –animales o dioses–, escarbaron la tierra en la veloz carrera, y llenaron de temor supersticioso el corazón indígena. Pero más allá del miedo estaba la llamita del coraje último, que los impulsaba a defender la tierra. Las voces roncadas de los arcabuces y el relampaguear de los aceros acribillaron los cuerpos cobrizos. Y entonces la indiada fiera se erizó de gritos y flechas, y la sangre blanca también tiñó la verde hierba. Pero aquella resistencia indígena se volvía inútil, no podía bastar ante la nueva y avasallante técnica, y sólo le quedó a los indígenas el refugio tenue del arcabuco.

Cuando aquel día de cuatrocientos cincuenta años atrás, las huestes españolas desfloraban la madrugada de este valle Cristobalense, comenzaba Táriba a entrar en la historia escrita. Comenzaba también a cambiar el color del espíritu y el color de la piel, que se iba a quemar mestiza en el crisol de la sangre.

La conmemoración de este día nos lleva a acercarnos con más profundidad a este hecho histórico, y a asomarnos a la nacencia de este pueblo en manos españolas.

Después que el Almirante Don Cristóbal Colón descubriera esta tierra de gracia, que a poco se nombraría Venezuela, cabeza de este continente Suramericano, se sucedieron los subsiguientes viajes descubridores de Ojeda, Guerra, Niño, Bastidas y toda la riada exploratoria que los siguió. El contorno norteño marítimo de la nueva tierra fue descifrado, más no conquistado, y mucho menos la tierra adentro que se perdía en remotos confines. Apenas se dan los intentos fracasados de Alonso de Ojeda en su Gobernación del Coquivacoa; y en el extremo oriental la Isla de Cubagua, convertida en polo de atracción con sus ostiales de perlas, y su floreciente pero efímera ciudad de Nueva Cádiz. Así como los inestables intentos poblacionales y misioneros en Cumaná y su costa.

El interés por esa parte norte de Tierra Firme decayó pronto, y la acción española se desenvuelve por rumbos más prometedores de riqueza fácil, con el oro y los esclavos indígenas. Darién, Yucatán, el seno mexicano son las rutas exploradoras más frecuentadas;

se inicia la conquista de Nueva España, se asoman al Pacífico y luego se alargan al Perú. Venezuela y esa parte norte, carente de jurisdicción efectiva, se habían convertido en tierra de nadie, coto de caza para las depredaciones esclavistas que venían de las Antillas.

Pero en la tercera década de ese siglo XVI renace el interés de la Corona por la Tierra firme e Islas adyacentes, y se establece una nueva política. En 1524 se creaba la Gobernación de Santa Marta, desde el Cabo de la Vela a las Bocas del Magdalena; el año siguiente las de Cartagena, contigua a Santa Marta, y la de Margarita. También en ese año 1625 tenía lugar la Capitulación para Maracaibo, desde el Cabo San Román al Cabo de la Vela, de muy corta duración. Al otro año le concedían a Juan de Ampíes las Islas de los Gigantes, Curazao-Aruba-Bonaire. Y el 27 de marzo de 1527 el Monarca capitulaba con los Welsares la Gobernación de Venezuela, desde “el Cabo de la Vela y Golfo de Venezuela y el Cabo San Román y otras tierras hasta el Cabo de Maracapaná”. Al año siguiente comenzaba el dominio de los Welsares y se fundaba la ciudad de Santa Ana de Coro.

Con la llegada de los Welsares a la Gobernación comienza la penetración acelerada tierra adentro, y en permanente trance descubridor los pasos aventureros van jalonando aquellas vastas e ignotas regiones. Siguen su ejemplo las Gobernaciones de Santa Marta y Cartagena, acicateados por los descubrimientos hechos por las huestes Welsariana, que los impele a discutir el botín que se adivinaba. La presencia de aquella gente extraña y sus violentas depredaciones, suscita de inmediato la respuesta armada de los indígenas, defensiva y a veces ofensiva, que protegen su libertad y posesiones.

El Gobernador Ambrosio Alfínger inicia sus jornadas tierra adentro, funda el pueblo de Maracaibo, se revuelve por diversas partes de la provincia. En 1531 realizaba su segunda jornada y se interna por el valle de Upar, el río César, recoge gran cantidad de oro y lo envía a Coro con un grupo de soldados. Esta partida de gente al mando de Iñigo de Vasconia, en vez de emprender la vuelta por el mismo recorrido, trataron de acortar camino por la culata de la laguna. Fueron así los primeros españoles que transitaron por las tierras norteñas tachirenses. Por este rumbo se perdieron, carecían de alimentos, y ante el hambre que padecían comieron hojas y raíces y terminaron por volverse antropófagos y comerse a los indios porteadores, y aún a los españoles moribundos. Enterraron en un lugar que marcaron los 106 kilos de oro que llevaban, tesoro que todavía aguarda en la selva. Fallecen todos, salvo Francisco Martín, que recogido por los indios se amoldó a su vivir y no quiso abandonarlos.

Entre tanto Alfínger, con un nuevo socorro de gente solicitada a Coro, continuó su jornada. Marchó por las orillas del río Yuma o Magdalena, y en un momento determinado, en vez de seguir al Sur, torció al Noreste y se encaramó por altos páramos. Tras muchas penalidades y la muerte de varios expedicionarios, alcanzaron las regiones al Sur de donde luego fue Pamplona, y en una refriega con los indígenas Alfínger fue herido gravemente y a poco murió. De haber seguido al Sur, asienta el Cronista Fray Pedro de Aguado: “entraban en el Reino, donde hubiera las riquezas que después hubo el Adelantado Jiménez (de Quesada) y poseyeran esa tierra, que es cierto que no estuvieron diez leguas de la primer gente mosca que hacia aquella parte se dice Chicamocha”.⁽¹⁾ Y Fray Pedro Simón

(1) Fray Pedro de Aguado. Recopilación Historial de Venezuela. Caracas, 1963. Tomo II, p. 91.

dice también a este respecto: “Ni tampoco pudieron entender la ventura que dejaron en no tomar la derrota por la banda del Sur, con que descubrieron este Nuevo Reino... y así le volvieron las espaldas desde diez leguas solas”.⁽²⁾

Con las noticias sobre la meseta Chibcha adquiridas en la trágica expedición de Alfínger, los Welsares tratan después de actuar. En 1635 Jorge Spira y Nicolás Federman lo ponen en ejecución desde Coro. El primero toma la ruta del Sur a fin de penetrar a la Cordillera por los Llanos Orientales granadinos, pero no logra su propósito, y después de internarse hasta el Guaviare regresa con su fracasada expedición. Por su parte Federman tomó la vía del Cabo de la Vela para seguir la ruta de Alfínger, y en el valle de Upar se tropezó con la oposición de gente del Gobierno de Santa Marta, que aspiraba a conquistar primero la célebre región de los Muiscas. Aunque este valle de Upar caía en su jurisdicción conforme a las Capitulaciones Welserianas, Federman evadió el enfrentamiento y se regresó a Coro. Aquí tomó la misma ruta de los llanos, y después de tramontar la Cordillera a principios de marzo de 1539 llegaba al valle de Fosca en la altiplanicie.

Allí encontró que sus trabajos habían sido en vano, pues el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada le había ganado de mano hacía dos años, ocupando primero aquella tierra y poblando a Santa Fé de Bogotá. Con gente de Santa Marta y encargo de su Gobernador, Jiménez de Quesada había remontado el Magdalena y el Opón y llegado primero allí. Sebastián de Belalcázar también había llegado desde el Sur por el Valle del Alto Magdalena.

Entre los tres dichos conquistadores tuvo lugar entonces una disputa por la jurisdicción de aquella región, con amenaza de un enfrentamiento armado. Hubo la intervención de buenos componedores y se reservó la decisión al Rey, acerca de si el dicho territorio caía en la provincia de Venezuela o en la de Santa Marta. El pleito por el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada se ventilaba luego ante el Consejo de Indias. Fue un largo e intrincado litigio, que no se llegó a sentenciar, pues la cuestión se resolvió de hecho al unirse Santa Marta y el Nuevo Reino bajo el Gobierno de Alonso Luis de Lugo.

Lo definitivo en esta cuestión fue el hecho concreto de la posesión y poblamiento de esa tierra, por la gente venida de Santa Marta que llegó primero. Si Alfínger no hubiese torcido su rumbo al Sur, si Federman no se hubiese devuelto del Valle de Upar, la historia poblacional de esas tierras hubiese sido venezolana. Esto lo reconocía ya en 1546 el Gobernador Juan Pérez de Tolosa, en su “Relación de las tierras y provincias de la Gobernación de Venezuela”, cuando escribía: “Del dicho pueblo de Maracaibo, el dicho Gobernador Ambrosio Alfínger entró la tierra adentro y llegó al Valle de Upar, que ahora está poblado por gente de Santa Marta, que será unas treinta leguas desde el Cabo de la Vela. Si esta tierra la hubiera poblado el dicho Ambrosio, la Gobernación de Venezuela fuera próspera y tuviera poblado el Nuevo Reino de Granada, porque es el paso y camino por donde después se descubrió. Con ser tan buena esta tierra de los pacabueyes, no la pobló, antes siguió el río arriba de Cartagena, que es el río por donde vienen del

(2) Fray Pedro Simón. Noticias Historiales de Venezuela. Caracas, 1963. Tomo 1º, p. 115.

Nuevo Reino de Granada, y dejó la derrota del Reino y revolvió sobre la culata de la laguna para volverse a Coro".⁽³⁾

La gente que llevaba Federman y otra venida de la Gobernación de Venezuela se poblaron en Santa Fé de Bogotá, Vélez y Tunja. Mucha de esa gente será el elemento fundamental para la conquista y poblamiento de la región oriental del Nuevo Reino. Tenían noticias ciertas y concretas de esas tierras por haber participado en las jornadas descubridoras de los Welsares. Habían estado por las cercanías de Pamplona, y caminado por las riberas del río Zulia y la región lacustre del norte tachirenses. Habían orillado las Sierras Nevadas, y por el Apure y sus afluentes se acercaron al piedemonte por donde discurría el Uribante y se descubría el abra tachirenses. Ese conocimiento, aunque imperfecto, ayudará al allanamiento y población de ese territorio y a su expansión hacia la Gobernación de Venezuela, y sus noticias impulsarán la colonización y poblamiento de la ciudad de Mérida y Villa de San Cristóbal.

Antes que toda esta expansión reinosa acaeciese, tuvo lugar un fallido impulso poblador desde la Gobernación de Venezuela hacia esa todavía inexplorada región del Táchira y comarcas aledañas. Se trata de la expedición enviada desde el Tocuyo por el Gobernador Pérez de Tolosa en 1546, a cargo de su hermano Alonso. Esta jornada y la despachada al año siguiente por el Teniente Gobernador Juan de Villegas hacia tierras trujillanas, al mando del Maestre de Campo Diego Ruiz de Vallejo, serán los últimos intentos venezolanos hacia este confín suroccidental antes de que avanzasen los del Nuevo Reino. Eran territorios que ciertamente pertenecían en ese entonces a la jurisdicción venezolana, al tenor de los límites fijados a los Welsares que se extendían desde el Cabo de la Vela al Sur.

Esa expedición pereztolosiana, de cuyo paso por estas tierras tachirenses se cumplen 450 años, vamos a precisarla con cierto detalle. El agitado período de los Welsares marcaba su dramático ocaso en tierras de Venezuela, con el terrible y trágico fin de Felipe de Hutten y Bartolomé Welsar allá en El Tocuyo, a manos de Juan de Carvajal. El Gobernador Juan Pérez de Tolosa, después de afianzar su gobierno con el ajusticiamiento de Juan de Carvajal y estabilizar la ciudad del Tocuyo, se dedicó a organizar y poner en orden la provincia. El principal problema que debía enfrentar era la numerosa gente allí detenida, levantisca e inquieta, y proclive a amotinarse por la inacción y pobreza en que estaban sumergidos.

Una de las primeras medidas del Gobernador Pérez de Tolosa fue enviar a su hermano Alonso al frente de una expedición, a descubrir las provincias de las Sierras Nevadas y los valles tachirenses y tierras comarcanas. Esa jornada tenía varios fines en el pensamiento del Gobernador Pérez de Tolosa: disponer de la gente sobrante que andaba sin oficio ni beneficio; asentar una población en esa comarca occidental; buscar minas; y descubrir un camino más asequible para el tráfico con el Nuevo Reino.

De esos objetivos el más urgente era el de la gente desocupada que podía alterar la paz pública, y se revolvían inquietos y amenazantes. Muchos de ellos querían marcharse

(3) Relaciones Geográficas de Venezuela. Recopilación Antonio Arellano Moreno. Caracas, 1964, pp. 8-9.

al Nuevo Reino y al Perú, cuyas riquezas se celebraban con las más fantásticas noticias. Pero la ida de esa gente debía hacerse en forma ordenada, pues el éxodo en forma masiva podía dar lugar al despoblamiento total de la provincia. Otro de los objetivos era la búsqueda de oro entre los aborígenes y la posibilidad de encontrar minas del ansiado metal, cuyo hallazgo consideraba Pérez de Tolosa vital para la supervivencia de la Gobernación. Otra finalidad era la búsqueda de un camino más viable y seguro a la meseta bogotana. Las diversas jornadas habían mostrado diversas vías, pero se necesitaba un camino cierto para el tráfico de personas y ganados.

El cuarto objetivo, y el más importante, era descubrir “gruesas y ricas tierras”, habitadas por numerosos indígenas, en donde poblar. Tal como lo decía en sus instrucciones el mismo Gobernador Pérez de Tolosa, “que se busque tierra cómoda para que se haga poblazón”.⁽⁴⁾ Esa intención pobladora estaba centrada en las noticias recabadas de gente que habían andado con los Welsares, acerca de un valle muy bueno, en el cual de hallarse minas sería una de las mejores poblaciones de estas partes.

Si esa decisión pobladora se hubiese realizado en ese tiempo se habría cambiado la historia. No sólo se habría incorporado desde el principio aquella tierra tachirense a la Gobernación de Venezuela, sino que las comarcas circundantes y aledañas, incluyendo los valles de Cúcuta, Pamplona y Ocaña, por nombrar algunos sitios, habrían sido colonizados con signo venezolano. Recuérdese que para ese momento todas esas tierras permanecían inconquistadas, y Pamplona se fundará dos años más tarde.

La expedición compuesta de 40 hombres a caballo y 60 de a pie, salía del Tocuyo el 14 de noviembre de 1546. Iba al mando Alonso Pérez de Tolosa, hermano del Gobernador, y llevaba de Maestre de Campo a Diego de Losada. La expedición siguió la vía del Tocuyo arriba y tramontando las serranías bajaron por las vertientes del río Guanare. Caminaron por los llanos, y a la vista de las Sierras Nevadas los Capitanes pretendieron subir allá, pero encontraron oposición de los soldados. La expedición siguió adelante y llegó a las riberas del Apure, en donde tuvieron un encuentro con los indios.

Allí se alojaron para descansar, y ante la posible desertión de los soldados que estaban ansiosos de irse al Nuevo Reino, el Maestre de Campo Diego de Losada escribió al Gobernador pidiendo licencia para seguir la jornada apegado a las montañas, lo cual le fue concedido de inmediato. El Gobernador informaba luego al Rey: “que el Maestre de Campo le pidió licencia para ir por otra vía a la culata que dicen de Maracaibo, porque allí habría tierra donde la gente se podría entretener”. Y así por Su Majestad es servido “que se busque tierra cómoda para que haga poblazón, envíe a mandar que siguiesen su camino hasta dar en dos ríos muy grandes que hay en los Llanos, tierra de mucho mantenimiento, y que yendo apegado a las montañas buscasen entrada para este valle que van a buscar...”.⁽⁵⁾

Después de haber recibido la licencia solicitada, Pérez de Tolosa y Losada continuaron la jornada río Apure arriba. En el trayecto sostuvieron varios encuentros con los indígenas, tanto con los tororos poblados en las riberas del Apure como con

(4) Aguado. *Oh Cit.* Nota 2ª p. 292.

(5) Aguado. *Oh Cit.* Nota 2ª p. 292.

otros ya metidos en las sierras. Remontaron después por un afluente caudaloso, el Uru o Uribante, y luego por el río que después llamaron Tormes, que venía del valle donde se poblará San Cristóbal. Cajón arriba de este río llegaron a una angostura entre dos cerros, donde lo esperaba un numeroso grupo de indios que habían bajado del cercano valle, distante una jornada. Los naturales no hicieron mayor oposición, “admirados y espantados de ver la nueva manera de gentes nunca por ellos vista, y los caballos y perros que llevaban”.⁽⁶⁾

Al día siguiente penetraban en el valle San Cristobalense, que ellos llamaron de las Ahuyamas y los indígenas Zorca, bautizado más tarde de Santiago. Por primera vez los españoles contemplaron el esplendente valle que se abría entre colinas hacia el confín de azulosas montañas. No obstante, la oposición indígena, los españoles se apoderaron de un pueblo que estaba a la entrada a mano derecha y allí se aposentaron, saqueando y arruinando lo poco que encontraron. Los naturales se retiraron a la cercana montaña para ampararse de sus enemigos, y desde allí los vigilaban.

Por unos prisioneros que tomaron los españoles tuvieron noticia de un pueblo grande que estaba más arriba, que llamaron después de las Ahuyamas por la abundancia de estos frutos, cuyo nombre se extendió a todo el valle. Se encaminaron hacia ese lugar, haciendo la jornada de noche para no ser sentidos de los indios, y al amanecer dieron sobre el pueblo. No encontraron resistencia porque sus habitantes huyeron al verlos aparecer, por las noticias recibidas de las crueldades de los recién llegados.

De ahí, según relata el Cronista Fray Pedro Simón, “atravesando un pequeño río, que hoy llaman el de la Villa de San Cristóbal, fueron a dar a otra población que estaba cerca, de la otra parte, en el mismo sitio o cerca de donde ahora está la devotísima ermita de Nuestra Señora de Táriba, que es el consuelo de todas aquellas provincias circunvecinas... Ya los indios de este pueblo (cuando llegaron los españoles) huyendo de ellos, lo habían desamparado y retirándose con su chusma y miserable menaje de casa a unos ranchuelos que tenían hechos para el intento en las cumbres de unos cerros y espesuras de un bosque. Adonde, tomando el rastro por las guías que traían, los fueron a hallar los soldados, a quien resistieron con hartos buenos bríos, poniendo en las armas su defensa, por echar de ver que aún no se le podían dar aquel su retiro y fragosidad de tierra. Y no fue tan mal reñida esta pendencia que no saliesen de ella malheridos el Capitán Tolosa y algunos soldados, con seis caballos que murieron de las heridas; pero al fin, aunque vengados, fueron desbaratados los indios y rancheadas sus chozuelas”.⁽⁷⁾

En vista de no haber hallado hasta el momento oro ni otras cosas de valor, objetivo principal que guiaba a esos soldados, dejaron de lado las instrucciones pobladoras que traían y resolvieron continuar su jornada, desdeñando las magníficas condiciones que les ofrecía este hermoso valle. Pero ni aquí, ni en los cercanos valles de Cúcuta y Zulía y lugares comarcanos por donde camina luego la expedición, hallaron tierra acomodada a su gusto para poblar. Después de esas vueltas y revueltas deciden regresar. Envían un

(6) Aguado. *Ob. Cit.* p. 300.

(7) *Ob. Cit.* Tomo II, p. 193.

grupo adelante a informar y solicitar auxilio, seguido por el resto de la expedición. Al llegar al río Sarare, una partida de 30 soldados pidieron licencia para irse al Nuevo Reino, que le fue concedida. Acaudillados por Pedro Alonso de los Hoyos, que luego está en la fundación de Pamplona, se fueron faldeando la serranía hasta el río Casanare, y remontando márgenes arriba fueron a salir a los pueblos de Cocuy y Chira en términos de Tunja. Esa gente y otras de las expediciones welsorianas, curtidas en esas lides descubridoras, dieron su aporte poblador para el desarrollo fundacional que se cumplía en el Nuevo Reino.

Alonso Pérez de Tolosa continuó su penoso regreso con lo que restaba de la expedición, y llegaba al Tocuyo con apenas 20 hombres. Habían empleado poco más de dos años en aquella jornada en la cual no habían conseguido riquezas, pero sí descubrieron magníficas tierras, muy buenas para poblarse, aunque lamentablemente desaprovechadas en ese momento. Los expedicionarios encontraban a su regreso una situación cambiada, pues el Gobernador Pérez de Tolosa había muerto y gobernaba su Teniente Juan de Villegas. El impulso conquistador y poblador de Venezuela tomaba ahora rumbo hacia la región centro costera, y el extremo occidental ayuno de poblamientos era colonizado desde el Nuevo Reino.

En febrero de 1549 regresaba al Tocuyo la infructuosa expedición de Alonso Pérez de Tolosa, y en setiembre del mismo año, según el Cronista Aguado, salía de Tunja la expedición fundadora de Pamplona. Es como si el fracaso de la jornada de Pérez de Tolosa, le hubiese abierto la puerta a los del Nuevo Reino para que tomasen posesión de la abandonada tierra, que pudo ser venezolana desde ese entonces.

Fundada la ciudad de Pamplona en los meses finales de ese año 1549, por Pedro de Orsúa y Ortán Velásquez de Velasco, iniciaba a poco su expansión pobladora hacia las míticas Sierras Nevadas. Comienza el pasar y repasar de gente española por tierras tachirenses, y ocurren algunos encuentros con los indígenas hasta ser domeñados. El 9 de octubre de 1558 el Capitán Juan Rodríguez Suárez fundaba la ciudad de Mérida; y el 31 de marzo de 1561 el Capitán Juan de Maldonado fundaba la Villa de San Cristóbal. Puesta ya en marcha la Villa se suceden los repartos de indios en encomiendas, primero por Maldonado, que hace dos Apuntamientos de Naturales, luego por el Visitador Angulo de Castrejón, y finalmente por el Presidente de la Audiencia Dr. Venero de Leiva.

En su primitivo asiento los Táribas se doblegan y caen subyugados ante el domeñar avasallador de la conquista. Pero continúan firmemente aferrados a su pedazo de tierra, un tanto dispersos entre la montaña y el río, entre la loma y el arcabuco, con sus viviendas aisladas. Los naturales de Táriba, igual a las demás parcialidades indígenas del valle de Santiago, cambiaron por efecto de la conquista y su asignación y reparto a los encomenderos. El modo de vivir suelto y libre de los indios, sin regimentaciones ni cortapistas, se transformó en una estrecha dependencia y subordinación a sus encomenderos, que muchas veces lindaba con la esclavitud.

Algunas parcialidades fueron desarraigadas y trasladadas a otros lugares a conveniencia de sus encomenderos, pero en general se mantuvieron en sus sitios y tierras de origen, como los de Táriba. Allí hacían sus labranzas y las ajenas, y prestaban diversos servicios a sus encomenderos, quienes procuraban tener sus estancias y aposentos en las

cercanías, para que los indios se las cultivasen. Aunque fuesen de una misma parcialidad, los indígenas vivían dispersos dentro de su pueblo, ubicados en pequeños núcleos de poca gente, tal como lo describía el Cronista Aguado: “Viven a barriezuelos o lugarejos de ocho a diez bohíos juntos, y el que llega a veinte no son muchos”.⁽⁸⁾

Los indios de Táriba mantuvieron su identidad en el mismo lugar tradicional, circunvecinos a los aposentos y estacia de su encomendero. Poco después de la fundación de la Villa y como todos los demás naturales tachirenses, los indios de Táriba fueron repartidos a uno de los conquistadores de la primera hora. No sabemos su nombre, pero en ese desbarajuste inicial pronto debió cambiar y ser sustituidos por otro. Así figura entre sus primeros encomenderos un tal Luis Salinas, de quien no tenemos más referencia. En el Apuntamiento del Dr. Venero de Leiva, que pone orden definitivo a los embrollados repartos de indios, le asigna los naturales de Táriba a Alonso Alvarez de Zamora, y en 1565 le otorgaba el título correspondiente.

Alvarez Zamora era una de las personas que entraron poco después de fundada la Villa y se había acercado allí con su familia. Estaba casado con Leonor de Colmenares, hija de Diego Colmenares, natural de Villa Paredes de Nava, y uno de los fundadores de Pamplona en donde ejerció diversos oficios concejiles y tuvo indios encomendados. En su matrimonio Alvarez Zamora y su mujer procrearon varios hijos, entre los cuales algunos adoptaron el apellido de la madre, como era costumbre. Entre ellos se citan a Jerónimo, Pedro y Diego Colmenares y Antonio Alvarez de Zamora. De esos hijos de Alonso Alvarez Zamora, el que alcanzó mayor relevancia fue Jerónimo de Colmenares que fue Alcalde, Regidor y Alférez Real en la Villa, y en su mocedad, fue uno de los protagonistas del hecho milagroso de la Renovación de la imagen de la Virgen de la Consolación. En varias ocasiones Alvarez de Zamora fue Regidor del Cabildo y Alcalde Ordinario, y sus convecinos lo respetaban y apreciaban. Esa misma buena opinión de él tenían los indios de su encomienda que decían era muy buena persona y los trata bien, y daba de comer; y el Cura Doctrinero Fray Alonso de Torregrosa lo alababa como buen cristiano. Fue un personaje que dejó honda huella en la historia tachirense, fundamentalmente por su vinculación con la Virgen de Táriba.

En esos años iniciales de la conquista, a más de los Táribas habitaban en estas cabeceras del valle cristobalense diversas parcialidades indígenas. Contiguos al sitio de Táriba estaban los indios de Sebucara, Yrutiquea, Nutyquera y Ruyqueya, que después de la fundación de San Cristóbal fueron encomendados a Luis Maldonado Ordóñez, hijo del fundador. En las mismas vecindades de Táriba, hacia donde se estrecha el abanico de los cerros y vertientes al río Tormes y hasta el páramo, estaban los Aribecas encomendados a Dionisio Velasco, y muy cercanos los Arigaras o Cirigaras. A mano izquierda del camino que iba a Mérida estaban los indios de Liribuca, Buriquna, Abarotá y Butiquna.

En las cercanías de los aposentos y estacia de su encomendero Alvarez de Zamora, los indios Táriba estaban poblados a su modo acostumbrado, con sus bohíos dispersos sin notación de calles. Era también su sitio tradicional, donde siempre habían vivido,

(8) Aguado. Ob. Cit. Tomo II, p. 473.

pero a su arraigo aquí contribuyó el hecho milagroso de Nuestra Señora de la Consolación de Táriba y la devoción que se generó a su alrededor. Esto terminó por atraer otras parcialidades que fueron pobladas cerca, pero separadas de los indios Táribas.

No se sabe con exactitud cómo, cuándo, ni por quién fue traída a esta tierra tachirense el regalo bendito de la Madre de Dios en su imagen de la Consolación de Táriba. Son hechos que permanecen todavía sin esclarecer, y se tiñen un poco de leyenda. La tradición recoge varias versiones del origen de esa imagen de la Virgen y su presencia en Táriba. En la de Juan Flores de Ocariz en sus célebres Genealogías del Nuevo Reino de Granada, obra publicada en 1674, se remonta la presencia de la imagen en esta tierra a 1564, es decir, a tres años de la fundación de San Cristóbal. De todos modos no hay absoluta seguridad en esta fecha, ni tampoco de la versión que trae de la pobre mujer del campo que recibió la imagen de uno de los primeros conquistadores. Pero sí se sabe con certeza, por un documento que di a conocer en mi obra sobre este pueblo, que ya en 1602 se le rendía culto público a Nuestra Señora de Táriba en la Capilla que llevaba su nombre, adonde acudía mucha gente. Ello significaba, no sólo la existencia del culto a la Virgen para esa fecha, sino que ya se había producido su milagrosa renovación.

En la Información sumaria secreta que hizo el Visitador Antonio Beltrán de Guevara en la encomienda de Táriba el 8 de julio de 1602, aparecen unos datos muy reveladores sobre dicha Capilla. El Cura Doctrinero de esa encomienda Fray Alonso de Torregrosa, de la Orden de San Agustín y Prior del Convento de la Villa, refería en su declaración: que era su Doctrinero desde hacía seis años, y “que en el dicho pueblo de Táriba ha habido hasta ahora Iglesia suficiente en el dicho pueblo, y que ahora pocos días ha cayó y tornan a hacer de tapia buena; y *que ahora se doctrinan en la Capilla de Nuestra Señora de Táriba*, y que los indios son doctrinados cada treinta y cinco días... Los indios de este pueblo están poblados en dos parcialidades y en buen sitio, sano y apacible y fértil, *pero que acercándolos un poco más a la Iglesia de Nuestra Señora de Táriba estarán mejor*, si acaso se han de poblar por allí cerca otros repartimientos”.⁽⁹⁾

Interrogados tres indios ladinos de las parcialidades de Táriba y Carapo, dijeron: “que los indios no tienen Iglesia en el dicho su pueblo porque se cayó, y *que se doctrinan en la Capilla de Nuestra Señora de Táriba, que es en los aposentos del encomendero*, y que será bien que en el dicho su pueblo se haga una Iglesia de tapias”.⁽¹⁰⁾

Por su parte el Visitador Antonio Beltrán de Guevara al hacerle cargos al encomendero Alonso Alvarez de Zamora, le imputaban: “que debiendo tener Iglesia competente en el pueblo de los indios donde se celebre el culto Divino, de tapias, no la tiene, antes *se doctrinan los indios en la Capilla de Nuestra Señora de Táriba que está en sus aposentos*, que es muy pequeña y de paja”.⁽¹¹⁾

Por último, al escoger el lugar para la nueva población de los indios, el dicho Visitador decía; haber seleccionado “sitios buenos y cómodos donde estén y vivan juntos, *circurrecinos*

(9) Archivo Nacional de Colombia. Visitas de Venezuela. Tomo XI. ff. 560 y vto.

(10) *Ibidem*, f. 565.

(11) *Ibidem*, f. 567 v.

a la Iglesia de Nuestra Señora de Táriba, donde demás de la doctrina que tienen de obligación oirán Misa muy de ordinario, por decirse en la dicha Iglesia de Nuestra Señora de Táriba, donde por particular devoción acude mucha gente a la dicha Ermita”.⁽¹²⁾

Si el advenimiento de la tabla de la Virgen de la Consolación a la tierra tachireense está envuelto en el ropaje de la tradición, no sucede así con el hecho milagroso de su *Renovación*, que aparece debidamente documentado. La incipiente devoción a aquella imagen traída por el conquistador, la mujer humilde del campo, la india cristiana, o los frailes agustinos, según las diferentes versiones, se habría perdido en la oscuridad de los tiempos, sin ninguna trascendencia. Pero sucedió un hecho extraordinario que cambió la humana previsión, e incidió fundamentalmente en la historia religiosa de esta tierra. La bondad Divina permitió en obsequio de su Madre Santísima un hecho de contornos milagrosos, que le dio realce Mariano y forma perdurable a la fe cristiana del pueblo tachireense.

En un momento dado, y comienza lo que es historia, por una u otra causa ese cuadro que estaba en la casa de Alvarez de Zamora se había ido desvaneciendo. Con el transcurso del tiempo la imagen se había ido borrando, desapareciendo los colores y forma de la pintura original, y sólo quedó un deslustrado rectángulo de madera. Convertido ya en un objeto sin uso religioso, no proclive a la devoción, había sido relegado como un trasto viejo e inservible al cuarto que servía de despensa. Allí lo encontraron un día unos mozos, hijos y amigos de Alvarez de Zamora, e intentaron convertir lo que fuera cuadro en una paleta para jugar. Mas oigamos de manera más fidedigna el relato que transmitieron después los actores de esos hechos al Capitán Francisco Fernández de Rojas, Alférez Mayor y Alcalde Ordinario de San Cristóbal, y que éste declara bajo juramento ante el Visitador Eclesiástico Dr. Juan Ibáñez de Iturmendi, en 1654.

Decía Fernández de Rojas en esa Relación Auténtica: “que hará más de 30 años que vive en esta dicha Villa, y luego que vino a ella fue a visitar la ermita de la Virgen de Táriba, y sacando y procurando saber el origen que tuvo aquella Santa Casa, le dijo Jerónimo de Colmenares, Alférez Real que fue en esta Villa y Pedro de Colmenares, su hermano, y Leonor de Colmenares, sobrina de los dichos, como estando el padre y abuelo de los dichos, tenía el cuadro que hoy es de Nuestra Señora de Táriba, sin figura de imagen, ni que se supiese qué figura tenía porque la tabla no se parecía más que la guarnición que lo demostraba, y estaba sin barniz, ni más que la madera que el dicho cuadro tenía, y habiendo ido de esta Villa a visitar a su estancia a dicho padre y abuelo de los dichos, llamado fulano Zamora (Alonso Alvarez de Zamora), entre las personas que fueron a la dicha visita fue uno Juan Ramírez de Andrade, vecino de la ciudad de Pamplona y encomendero y Alférez Real de ella, siendo mozo; y estando en la dicha estancia, que es hoy donde está la Capilla de la Virgen, que entonces era despensa de maíz: estaba el dicho Juan Ramírez de Andrade, Jerónimo de Colmenares, Antonio Alvarez Zamora, Pedro Colmenares, hijos del dicho Zamora, jugando a las bolas, se les quebró una paleta y buscando de qué hacerla, toparon con el dicho cuadro y, como lo hallaron sin figura ninguna, quisieron hacer una paleta para jugar a las bolas e intentaron quebrarlo sobre una piedra, y queriendo hacerlo no pudieron y les sonaba como tambor. A

(12) *Ibidem*, f. 571.

esto salió la mujer del dicho Zamora y les dijo que eran bellacos, que por qué no miraban que aquel cuadro había sido imagen, aunque no parecía, y lo cogió la dicha mujer y lo volvió a meter en la dicha despensa colgándole de una estaca en la pared. Esto sucedió poco después de medio día. *Y luego como a las cuatro de la tarde vieron que en la dicha despensa, que hoy es ermita, le salía un grandísimo resplandor, que les parecía ser fuego y que se quemaba la casa y fueron todos a socorrerla, y abriendo la dicha despensa hallaron que no era fuego material, y quedando todos espantados vieron al dicho cuadro figurando una imagen de Nuestra Señora, que es hoy la que veneramos en Táriba, por llamarse así el sitio.* Y viendo que el cuadro estaba fuera de la pared y que era obra sobrenatural, avisaron al Vicario de esta Villa, que fue con todo el pueblo a ver obra tan maravillosa; y habiéndola reconocido por tal, veneraron a la Santa imagen y luego se fueron, continuando infinitos milagros de que ha tenido noticia; y los que por su persona ha visto los dice con toda verdad y bajo juramento, que tiene hecho”.⁽¹³⁾

El otro testigo en esa Información Jurada sobre la Renovación de la tabla de Nuestra Señora de la Consolación de Táriba, fue Fernando de Peralta, también vecino de la Villa. Su declaración es similar a la de Fernández de Rojas, y relata lo que oyó muchas veces a Jerónimo de Colmenares y a sus otros hermanos Pedro y Antonio, hijos también de Alvarez de Zamora.

Alvarez de Zamora y su familia, sobrecogidos por ese hecho sobrenatural que directamente los envolvía decidieron, con la anuencia del Vicario, levantar allí una pequeña Ermita donde custodiar el cuadro de la Virgen, que desde entonces se llamó de Táriba. A este lugar comenzó a acceder de continuo gente del vecindario y otros sitios alejados. Muchos encontraron consuelo a sus tribulaciones y algunos recibieron gracias especiales. La devoción a la Virgen de Táriba se propagó rápidamente por todos los lugares comarcanos; y así lo certificaba pocos años más tarde el célebre Cronista Fray Pedro Simón al referirse a la expedición de Pérez de Tolosa, como tuvimos ocasión de señalar.

En los primeros tiempos después de fundada la Villa y en medio del sobresalto de un apresurado sedimentar, no se aplicó ninguna política poblacional al indígena. Las encomiendas y repartos se adaptaron a las variadas y rudimentarias poblaciones que tenían los indígenas, que se agrupaban en determinados lugares, sin una distribución ordenada, con sus bohíos desparramados dentro de una relativa cercanía. Esta situación se mantuvo, no obstante, las reiteradas Cédulas Reales y Ordenes de la Audiencia y Visitadores. Así hasta 1602, cuando llega a San Cristóbal el Visitador Antonio Beltrán de Guevara, y por sus diversas medidas logra el poblamiento de las diferentes parcialidades, agrupándolas en varios pueblos. En esa fecha Táriba adquiere su primera notación del pueblo urbano.

El 28 de julio de 1602 el dicho Visitador iniciaba la Visita de las parcialidades de Carapo y Táriba, del encomendero Alonso Alvarez de Zamora. Luego lo hacía a los pueblos indígenas comarcanos de Sirgara encomendado a Dionisio Velasco; Sebucara, a Luis Maldonado; y Quenemarí, a Manuel Fernández. Al terminar la Visita el Capitán

(13) Interesante Relación Auténtica de la devoción a la imagen de Nuestra Señora de la Consolación de Táriba, P. Fernando Campo del Pozo. Historia documentada de los Agustinos en Venezuela durante la Epoca colonia. Caracas, 1968, pp. 35-36.

Antonio Beltrán de Guevara disponía en un Auto de 6 de agosto de ese año 1602, hacer una nueva población circunvecina a la Capilla de Nuestra Señora de Táriba. A tal efecto, ordenaba juntar y poblar en barrios distintos, pero cercanos a los referidos indios de Táriba y Carapo, los de Sirgara, Sebucara y Machirí-Quenemará.

Conforme al decir del Visitador, dichas parcialidades estaban apartadas entre sí y sus indios muy mal poblados, por estar sus bohíos en las quebradas, a mucha distancia unos de otros. Por esa causa no podían ser doctrinados como estaba mandado, y el religioso Agustino a cuyo cargo estaba su doctrinamiento no los podía enseñar. Para remediar esta situación, y de acuerdo con personas de ciencia y conciencia y de los mismos religiosos, había parecido lo más conveniente reducir esas parcialidades a un solo pueblo. Táriba en un barrio, Sebucara y Sirgara en otro, y Machirí en el que tenía.

A este efecto, había escogido, decía el Visitador Antonio Beltrán de Guevara: “*sitios buenos y cómodos donde estén y vivan juntos, circunvecinos a la Iglesia de Nuestra Señora de Táriba, donde además de la doctrina que tienen de obligación oírán misa muy de ordinario, por decirse en la dicha Iglesia de Nuestra Señora de Táriba, donde por particular devoción acude mucha gente a la dicha Ermira*”.⁽¹⁴⁾ En vista de la mala costumbre que tenían los indios, decía el Visitador, “de matarse con yerbas” los de un pueblo con los de otro, mandó poblar a los de Táriba en un sitio y a los de Sirgara y Sebucara en otro, para evitar futuros inconvenientes.

En tal virtud, ordenaba: se hiciera “*el pueblo de Táriba de por sí cerca de la dicha Iglesia, en un llano que está junto y linde a una quebrada que en lengua de indios llaman Suagangre, en medio del cual llano está un jobo grande. Y se le da y señala por Resguardos, desde la linde de una labranza grande de maíz del dicho encomendero, vía recta hasta dar a una sabanilla que llaman Enrrape, y desde ella por la loma arriba de Tororama y Carpo e por cima del Arcabuco que llaman Cayalapo, bajando la quebrada abajo que llaman Suagangre, hasta dar en la dicha labranza del dicho Zamora*”.⁽¹⁵⁾

Así mismo mandó poblar juntos a los indios de Sirgara de Dionisio Velasco y los de Sebucara de Luis de Maldonado, por ser parientes, amigos, y de una misma lengua, y no tener el riesgo de matarse unos con otros. Para ellos escogió como el sitio más conveniente, “*un llano junto a una quebrada que llaman Tenquesi pegada al río de Tormes, por ser buena tierra, sana, apacible e fructifera para la vivienda de los dichos indios, y estar muy circunvecinos a la Iglesia de Nuestra Señora de Táriba, donde han de oír misa y doctrinarse*”. Y para Resguardos de tierra donde hicieran sus labranzas y crianzas, les señaló “*desde la quebrada del Aguarri toda la chapa que baja a dar al río de Tormes y hasta la quebrada de Macheri*”.⁽¹⁶⁾ Por último, los indios de Machirí de Manuel Fernández, se había de poblar en el asiento y estancia que solía ser de Juan Francisco, y gozar de los mismos Resguardos fijados a los de Sirgara y Sebucara.

En los sitios señalados, añadía el Visitador, se habían de poblar los mencionados indios, y hacer sus casas, con sus calles y plaza, para que viviesen juntos políticamente y

(14) Archivo Nacional de Colombia. Visitas de Venezuela. Tomo XI, f. 571.

(15) *Ibidem*, f. 571 vto.

(16) *Idem*.

fuesen doctrinados. Para que se cumplieran sus órdenes nombró por su Comisionado y Juez Poblador a Alonso Avila y Rojas, a fin de que ejecutase y llevara a cabo la referida población. El 6 de setiembre el Juez Poblador ponía en ejecución su encargo, y fue al sitio donde se mandó poblar y asentar el dicho pueblo, y encontró que los indios de Táriba habían hecho algunos bohíos en dos hileras que hacían una plazuela y calle. Les señaló los demás sitios para que acabasen de hacer y poblar sus 36 bohíos, con sus calles.

Al otro día fue al sitio y sabana de Quenques donde estaban mandado poblar los indios de Sirgara y Sebucara, y encontró que no habían hecho nada. Les demarcó calles y plaza y sitio para 14 bohíos. Al día siguiente volvió y sólo halló 7 indios comenzando la fábrica, los amonestó y envió recado conminatorio a los encomenderos. Días más tarde volvió al dicho sitio de Quenques y encontró que estaban haciendo los bohíos.

La parcialidad de Macherí, a pesar de las diversas conminaciones al encomendero Manuel Fernández, no había hecho nada. El Juez Avila y Rojas le hizo pagar una multa, y entonces comenzaron a hacer las casas en el sitio señalado. Un mes más tarde volvía el Juez Comisionado al sitio de Suagangre, donde debían poblarse los indios Táriba y Carapos, y encontró que habían 22 bohíos conforme al número de indios casados y estaban haciendo los otros. Así mismo halló poblados en sus nuevos asientos los indios de Sirgara, Sebucara y Macherí.

El nuevo pueblo indígena fundado por Don Antonio Beltrán de Guevara en 1602, en contorno de la Ermita de Nuestra Señora de Táriba, con sus barrios separados de indios Táribas, Carapo, Sirgara y Sebucara, y Macherí, subsistió precariamente en esos años siguientes. Parte de esos naturales se mantuvo en los lugares asignados y otros se volvieron a dispersar por los alrededores, pero otra porción quedó allí, sobre todo, los de Táriba que se mantuvieron estables en su asiento tradicional. En esa inestabilidad poblacional influían varios factores: El normal deseo de libertad, el ausentismo de los naturales para evadir el yugo encomendero y la regulación urbana que se les imponía; la presión de los vecinos españoles para apoderarse de sus tierras. Además, el culto creciente a la Virgen de Táriba y la afluencia de gente que incluso llegaba a asentarse junto a la Ermita, trastornaba la vida del pueblo indígena.

En 1627 cambiaba radicalmente la situación poblacional de los indios de Táriba. El Licenciado Fernando Saavedra, Oidor de la Audiencia, en su Visita a los naturales de la región decidía en su Decreto de 15 de junio de ese año, concentrar todas las parcialidades en dos pueblos: Guásimos y Capacho. Para los indios Táribas mandados agregar a Guásimo, fue un cambio importante en sus vidas dejar su viejo asiento y trasladarse al nuevo poblado. Pero dada la cercanía de un lugar a otro no se alteró su amado paisaje tradicional, ni les fue difícil mudarse a las nuevas casas que construyeron. A lo que sí se opusieron decididamente y con ellos los vecinos españoles, fue a que se mudara la imagen de Nuestra Señora de Táriba de su Ermita a la Iglesia que se erigía en el nuevo pueblo de Guásimos.

La historia del Táriba indígena marcha desde entonces unida a la de Guásimos, hasta que comienza a surgir en su sitio tradicional el propio pueblo de Táriba, alrededor y en terrenos de la Iglesia. El disperso vecindario así avecinado comienza a tomar forma urbana ya bien avanzada la segunda mitad del siglo XVII hasta consolidarse luego en

floreciente población. Fue una nacencia natural, humilde y sencilla, que surgía de la simple agregación de gente diseminada que por allí moraba desde antiguo, y de los que venían de otros lugares en busca del consuelo de la Virgen, y bajo su cobijo aquí se aposentaron. Pero a diferencia de otros pueblos de formación espontánea, en Táriba había un núcleo aglutinador de contenido espiritual, de tal manera que no puede separarse la historia de Táriba de la historia de la Virgen de la Consolación y su Santuario.

Como decía en mi libro “Raíces pobladoras del Táchira”, la mejor definición de Táriba está en ser lumbre de fe y milagro de amor. Táriba fue pueblo porque la Virgen lo hizo predilecto de sus quereres. Ella era la primera enamorada de la obra de su Hijo en esta tierra bendita: de la lumbre dorada de este paisaje, de las blancas procesiones de nubes sobre las azules montañas, del arrullo cantarino de las aguas y de las brisas del Torbes acariciando los verdes ruedos de su falda. Amorosa dispensadora de gracias y consolaciones, la Virgen de Táriba quiso que la fe que a su alrededor florecía en tantos corazones, tuviese un vaso hermoso para sostenerla. Así nació Táriba, como un florero de corazones, milagro humilde para sustentar a la más bella flor que naciera de los hombres, virginal y “sin mancha original concebida”.

En ese apuñalar de la fe entre las manos maceradas que se junta en oración; en esa mirada conmovida de recónditas angustias que se alza en busca del consuelo de la Santa Madre; en esa esperanza última que aspira a lo infinito en el ruego que quiebra eternidades; en todo ello está la verdadera esencia de Táriba. Porque este pueblo no fue obra del acaso ni puramente humano, aquí estaba el designio de Dios, a quien su Madre Santísima se lo pidiera para cobijo de una de sus más entrañables advocaciones: la de la Consolación.

Virgencita milagrosa, Consoladora del amor humilde, te presento el homenaje reverente de tu pueblo de Táriba en tu día de fiesta mayor.